

Vos que sois la víctima Eucarística, unid nuestras acciones de gracias á las que dais á vuestro Padre en nuestro nombre: inspiradnos, Señor, el cántico de las alabanzas en el tiempo para continuarlo por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO XIV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GÁLATAS,
cap. 5. v. 16. 24.

Hermanos: Andad en Espíritu, y no cumplireis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu; y el espíritu contra la carne; porque estas cosas son contrarias entre sí: para que no hagais todas las cosas que quisiereis. Y si sois guiados del espíritu, no estais baxo de la Ley. Mas las obras de la carne están patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, luxuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, zelos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces,

glotonerías y otras cosas como estas, sobre las quales os denunció, como ya lo dixé: Que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reyno de Dios. Mas el fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay Ley. Y los que son de Christo, crucificáron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.

INSTRUCCION.

Si consideramos atentamente esta Epístola de San Pablo, no nos admiraremos de que los hombres, que son la obra del mismo Criador, que han salido de un mismo origen, que tienen un mismo Maestro, y que se dirigen á un mismo fin, tengan sin embargo entre sí tan poca conformidad y semejanza. En efecto, hay una diferencia muy notable en andar segun el espíritu, y en de-

xarse llevar de los deseos de la carne. Son tan opuestas las obras de ésta á los frutos que produce aquel, que no será difícil discernir á cuál de estos dos señores está sujeto un Christiano; pero por mas fácil que sea este discernimiento, temo mucho que no produzca el efecto que se sigue de casi todas las verdades que os anunciamos, y es el reconocer con prodigiosa facilidad los defectos del próximo, y entrar muy rara vez en el conocimiento de nosotros mismos. ¿De qué me servirá, hermanos míos, exponeros en esta instruccion las obras de la carne, y los frutos del espíritu, si no teneis sinceridad para confesar la parte que habeis tomado en estas obras, ni generosidad para desprenderos de ellas, ni sabiduría para conocer y abrazar las virtudes que el espíritu forma y mantiene en un corazon? Sin embargo deseando cumplir exáctamente con mis obligaciones; voy á presentaros este contraste; y así pedid al Señor que os haga fieles para llevar las vuestras, y preparad este buen suceso á mi ministerio, prestándome toda la atencion posible.

Andad en espíritu, y no cumplid

reis los deseos de la carne. La razon de esto nos la da Jesu-Christo quando nos dice que nadie puede servir á dos señores. Así siempre que la carne manda al espíritu, trabaja este en vano para hacerse oír. El esclavo de la carne está sordo por lo comun á la voz del espíritu. La carne, prosigue el Apóstol, codicia contra el espíritu: aquella lisongea los sentidos, y el espíritu solo procura purificar el corazon á expensas de los sentidos mismos. La carne solo inspira los gustos terrenos y despreciables, y el espíritu eleva el alma á las cosas invisibles. La carne hace constituir la felicidad del hombre en el goce de unos bienes que no pueden enriquecerle, y de placeres que le degradan, y el espíritu le impele á buscar su felicidad en el testimonio de una buena conciencia, y en la esperanza de una gloria eterna. Así la carne pelea siempre contra el espíritu, y se esfuerza para sofocar sus buenos deseos; pero aunque el espíritu codicia tambien contra la carne, no tiene por lo regular un suceso tan feliz. En efecto, así lo experimentan freqüentemente las almas timoratas y fieles. Ellas se quejan con

el Apóstol de que no siempre hacen todo el bien que quieren: que muchas de sus resoluciones se estrellan luego que se forman: que el espíritu las descubre una multitud de perfecciones á que no pueden llegar, porque la carne detiene sus pasos, y que arrastradas muchas veces por el peso de esta carne de pecado, incurren en mil flaquezas que su corazon llora y teme. Almas fieles, estos peligros son evidentes; pero no temais sin embargo. Es verdad que la carne puede codiciar contra el espíritu; pero si no sois sus esclavos, sino que por el contrario trabajais para esclavizarla por medio de la vigilancia, de la oracion, del espíritu de penitencia, y de un sentimiento profundo de humildad, sereis conducidos por el espíritu, y no estareis sujetos á la ley, es decir, á la letra de la ley: sino á la voluntad de aquel Señor que la ha dictado. Por tanto, estudiad atentamente las obras de la carne, á fin de detestarlas; y vosotros pecadores, esclavos infelices de la carne, considerad la terrible amenaza que el Apóstol os hace al acabar la enumeracion de sus obras. Todas ellas nos impiden la entrada en

el reyno de Dios; y principalmente esos pecados vergonzosos, vicio propiamente de la carne, los cuales no quisiera el Apóstol que se nombra- sen entre los Christianos; pero como por desgracia es en el dia tan general la corrupcion, no parece que los Mi- nistros de Jesu-Christo debemos guardar silencio, sino que por el contrario debemos tomar de la mano qualquiera ocasion que se nos presente para inspi- rar á los Christianos todo el ódio que merecen. Las obras de la carne, dice el Apóstol, estan patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, luxuria; y baxo estos quatro términos comprehende los malos deseos, los pen- samientos obscenos, las palabras equí- vocas y picantes, las curiosidades sos- pechosas y peligrosas, las disipacio- nes funestas á la inocencia, y en una palabra, todas las acciones que nacen de un principio tan corrompido. El es- píritu, hermanos míos, no tiene parte alguna en estas obras, porque todas ellas pertenecen á la carne; y para que nadie piense que se limitan únicamen- te á aquellas acciones que lisongejan los sentidos, el Apóstol comprehende des-

pues una multitud de desórdenes, en los cuales tiene el corazon al parecer la parte mas principal; pero que sin embargo considerándolos con toda aten- cion, dependen en todo de la carne. Por exemplo la idolatría. ¿Es posible que la ceguedad de los hombres haya llegado al punto de adorar unas divinidades in- sensibles, y de esperar la felicidad de un ídolo, que muchas veces era la obra de sus propias manos? ¡Ah! si el cul- to de semejantes deidades no hubiera li- songeado los sentidos, si la carne y todos sus placeres no hubieran encon- trado con este motivo la ocasion de ex- tender su imperio, hubieran conoci- do inmediatamente su extravagancia, y sacudido su esclavitud; pero cada pa- sion ha tenido su divinidad, cada cri- men su altar, y los intereses de la car- ne han sido muy poderosos para per- petuar una religion que asegurase sus pretensiones sobre el corazon del hom- bre. De este principio nacióron los ve- nenos, porque cuesta muy poco á un esclavo de la carne el deshacerse de un enemigo que se opone á sus deseos. De aquí las contiendas, porque no puede sufrirse la menor contradiccion quan-

do se trata de satisfacer un placer. De aquí las envidias, las discordias, los zelos, las iras, las riñas, porque quando se ama la carne, y todas sus fantasías, no se puede ver con ojo sereno que otro goce de los placeres de los sentidos. Si los goza á expensas de vuestras satisfacciones propias, ¿podreis contener el odio? No le haceis sentir todo el peso de vuestra ira si os arranca un placer de las manos? ¿No se le reprehende, no se le contradice, no se le insulta? De aquí proceden las querellas, y se buscan todos los medios posibles para salir con victoria: de aquí las enemistades y las artes de que se valen los enemigos para quitarse el crédito y la opinion: de aquí los homicidios: de aquí en fin las embriagueces y glotonerías, vicios en que para satisfacer por un momento el apetito desarreglado, se embrutece la razon, se apagan las luces del espíritu, y que enervando en el hombre las facultades de su alma, le hace capaz de todos los desórdenes que acabamos de nombrar. ¡Qué suerte, hermanos míos, tan desgraciada la de aquellos que hacen esclava su alma de sus cuerpos! Los que tales cosas hacen,

dice el Apóstol, no alcanzarán el reino de Dios. ¡Qué oposicion entre estos vicios y la voluntad de un Dios! ¡Qué ofensa tan grave á este Espíritu Soberano, la de seguir las impresiones de una carne hecha para obedecer! ¡Ay mayor vergüenza para el hombre que constituirse en este infeliz estado, quando el espíritu podría elevarle sobre su propia naturaleza!

Pero veamos cuáles son los frutos del espíritu: el Apóstol pone la caridad á la cabeza de todas las virtudes, porque es la mas excelente, y el principio de todas las demas. Sí, hermanos míos, el espíritu produce la caridad. Dios mismo, que es este espíritu que obra en nosotros, es caridad por esencia, y así no puede comunicarse sin abrasar los corazones de aquel amor que está en él como en su centro; pero este fuego es muy diferente del de las pasiones que consume, destruye y atormenta. El fuego de la caridad proporciona una satisfaccion interior contraria en todo á la vana complacencia que produce el orgullo, y tambien muy opuesta á la ciega presuncion que se goza del mal que ha cometido. La ale-

gria que produce el espíritu es el testimonio de una conciencia pura, y al mismo tiempo engendra la paz: es decir, una dulce seguridad, que sin debilitar el temor que se debe á Dios, nos comunica una firme esperanza en sus misericordias. Esta paz es inalterable aunque nos veamos rodeados de toda suerte de trabajos y tribulaciones, porque la paciencia es uno de los frutos esenciales del espíritu. ¡Qué distinta suerte es la de los esclavos de la carne! ¡Si Dios dexa sentir sobre ellos su mano poderosa, se entregan á la desesperacion, se desatan en murmuraciones, y los esfuerzos que hacen para echar de sí las aflicciones, prueban bastante bien que no ven en ellas recurso alguno; pero un Christiano dócil al espíritu sufre siempre con humilde resignacion. Si quando está lleno de males y trabajos se queja, es con gemidos, y no con murmuraciones; y si solicita el consuelo, es con una humildad que le hace esperar los momentos de Dios, sufrir las dilaciones, adorar sus altos designios, y felicitarse aun de la duracion de sus penas quando pueden servir para su santificacion. Este sentimiento no proviene

de insensibilidad y de dureza, porque el espíritu produce en él la humildad; sino que es una disposicion generosa que le hace tan sensible á los males de sus hermanos, como parece insensible á los suyos propios; y tan solícito para procurarles abundantes socorros, como tardado para proveer á su propio consuelo. El Christiano que anda en espíritu es bueno, no de ese género de bondad que por pereza olvida sus obligaciones, y abandona sus justos derechos, sino de aquella que procura obligar á todos con sus obras, y que sabe templar la severidad y la exáctitud con su condescendencia y miramiento. De esta manera imita á su Dios en una de sus mas amables perfecciones, qual es la longanimidad: espera como él los momentos de su sabiduría en los inferiores, no se desalienta, porque sean tardos en corresponder á los llamamientos de la gracia, y lleno de mansedumbre da calor á las semillas de virtud, y á los principios de penitencia que ella ha infundido en las almas. El carácter del que vive del espíritu es un carácter de fe; pero de una fe viva, que nunca duda; de una fe activa, que no adandona

ni desprecia ninguna obligacion, y que produce aquel sentimiento de modestia y de humildad, que todo lo atribuye á Dios, y nada á sí: que en el próximo ve todo el bien que hace, y el que puede hacer, y en sí mismo todas las flaquezas y miserias de que es capaz, y que por consecuencia le hace siempre estar alerta contra todos los escólos que le rodean, y en especial contra el enemigo interior que todos los dias nos ataca, y que tan rara vez se vence, como dice San Bernardo. El Christiano dócil al espíritu sostiene este combate por medio de su amor á la castidad, y exercitándose continuamente en esta virtud, se vale de ella, como arma la mas poderosa contra los esfuerzos del espíritu impuro. Los Christianos que obren de esta manera, no temán que el Apóstol les diga lo que á los que siguen las obras de la carne; á saber, que no alcanzarán el reyno de Dios, ántes por el contrario, les dirá que contra estas cosas no hay ley, y que los que son de Christo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.

Felices pues aquellos que saben con-

despues de Pentecostes.

tradedir su carne, castigarla y reducir la á esclavitud: felices los que la crucifican con todas sus pasiones, y que oponen á sus deseos desarreglados los deseos del espíritu: felices, digo, porque ellos pertenecen á Jesu-Christo, y obran por la impresion de su espíritu, el qual los santificará en la tierra, y los colmará de gloria en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 6. v. 24. 33.

En aquellos dias dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro: ó al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podeis servir á Dios, y á las riquezas. Por tanto os digo, no andeis afanados para vuestra alma, qué comereis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis. No es mas el alma, que la comida: y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni sie-

gan, ni allegan en troxes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Ya digo, que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿quánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No os acongojeis pues, diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad pues primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

INSTRUCCION.

No es una parábola, hermanos míos, la que va á fixar nuestra atención en el Evangelio de este día, sino la verdad mas sólida de la moral christiana presentada con toda claridad. Si yo hubiera de explicar extensamente cada uno de los preceptos que nos da Jesu-Christo, debería emplear toda una serie de instrucciones; pero para no salirme de los límites que me he prescrito, me ceñiré á dar una idea general, la qual arrojará de sí abundantes consequencias para nuestra santificación. En efecto todas las verdades que contiene el Evangelio de este día se reducen en compendio á este solo punto: servir á Dios con preferencia á qualquiera otro objeto; depositar en él los cuidados temporales, como que son inferiores á los intereses de la salvacion, y esperar su socorro y sus gracias con sumision y confianza. No se trata sino de hacer de estas verdades la aplicacion convenient-

te; y para ello espero vuestra atención, y principalmente la de los pobres que me escuchan, porque Jesu-Christo les va á enseñar sino los medios de salir de su indigencia, á lo ménos los de llevarla con paciencia, y sacar un fruto de sus trabajos.

Uno de los mayores abusos en que puede caer un Christiano acerca de la religion, es el vivir en un género de indiferencia y neutralidad. Considerada esta indiferencia, bien sea de parte de la fe ó de las costumbres, produce desórdenes muy funestos y peligrosos. La idea de la division no se reconoce de manera alguna en el Christiano, porque todo en él se reduce á la unidad de un principio y de un fin. Un solo Dios es el objeto de nuestras adoraciones; profesamos una misma fe, observamos una misma ley, escuchamos á una misma Iglesia, buscamos una misma patria; y esto es, hermanos míos, lo que ha distinguido siempre nuestra religion santa de todas las sectas que se han levantado contra ella, con el fin de obscurecerla y destruirla. Un Dios zeloso de su gloria es nuestro Señor y Maestro, y por tanto quiere rey-

nar solo sobre nuestro espíritu y nuestro corazón.

Aquellos Christianos, que por desgracia se han separado del gremio de la Iglesia, se atribuyen la ridícula y peligrosa libertad de seguir indiferentemente, ó sus errores ó nuestras máximas, y piensan que pueden calmar y tranquilizar sus remordimientos, diciendo, que unos y otros vamos á un mismo fin, aunque por rutas diferentes. Quán perniciosa sea esta libertad de conciencia, se dexa conocer en tantos y tan varios sistemas de errores como han adoptado; y por tanto, hermanos míos, si quereis estar libres de incurrir en su desgracia, debéis creer firmemente que solo pertenece á la Iglesia el determinar y arreglar los caminos que conducen á la vida, y que si nos apartamos de su doctrina, y dexamos de escucharla, daremos de necesidad en mil escollos. La Iglesia es una, como el Dios á quien adoramos; y por tanto no podemos romper su unidad sino separándonos de Dios, que es el principio de ella. Jesu-Christo mismo con el fin de fortalecernos en esta saludable creencia, nos advierte que ninguno puede

servir á dos señores. Pero lo que se dice de la fe ; no podrá convenir tambien á la doctrina de las costumbres? No dirige Jesu-Christo su palabra á esos Christianos ligeros é inconstantés de que abunda el Christianismo? Qué diferencia, hermanos míos, tan notable entre estos dos señores, Dios y el demonio! Cada uno de ellos tiene sus leyes, su culto, sus máximas; pero con una inmensa desproporcion. La sabiduría, la santidad, la verdad y la perfeccion infinita forman la esencia de Dios; pero la malicia, la corrupcion y la mentira forman el carácter del demonio: de manera que un corazón que quisiera entregarse á esta vergonzosa division, se veria precisado á adoptar al mismo tiempo la verdad y la mentira, la luz y las tinieblas, la pureza y la corrupcion. ¡Qué monstruosa mezcla!

¿Es posible, hermanos míos, que este desórden sea tan comun, y que la faz del Christianismo esté inundada de esos Christianos que queriendo servir á Dios, y acomodarse con su enemigo, manifiestan un exterior de indiferencia, con el fin de aparentar que

no sirven en particular á ninguno, quando por esto solo se hacen los esclavos del demonio? La Iglesia ; no llora todos los dias al ver rodeados nuestros altares de personas sucesivamente mundanas y recogidas? Si los escándalos no fuesen en alguna manera inevitables y necesarios, ; no arrancarían del campo del padre de familias esa semilla perniciosa que pierde y corrompe el buen grano? ;Qué pensaremos de esos Christianos religiosos por costumbre, que tienen distribuidas sus horas entre la modestia y la indecencia; que abrazan al parecer con alegría todas las obras mas edificantes y útiles; pero que no quieren privarse al mismo tiempo de sus diversiones y de los placeres mas peligrosos; y que se hacen, por decirlo así, todos para todos, pero en un sentido contrario enteramente al del Apóstol? Ellos son hipócritas con los justos para traerlos á su partido, y disipados con los pecadores para merecer su favor y sus gracias. Estos hombres eran ya conocidos en el tiempo del Profeta Samuel, quando de parte de Dios les decía estas palabras: ; hasta quando clau-

dicareis á dos partes? ¿No merece Dios, hermanos míos, fixar vuestro corazón? ¿No vale mas para vosotros que los pasatiempos del siglo? El servicio del mundo ¿es acaso mas suave y mas fácil que el de Dios? ¿Sus ventajas son mas sólidas? ¿Sus esperanzas mas fundadas? ¡Ah! servid pues al mundo con toda fidelidad, y detestad las prácticas y las obligaciones de la piedad christiana, porque la mortificación será inútil, mediante que no podeis servir á dos señores.

En efecto Jesu-Christo dice, que ó aborrecerá al uno, y amará al otro; ó al uno sufrirá, y al otro despreciará; porque no es posible permanecer por mucho tiempo en una especie de neutralidad. Así sucede con los Christianos que tienen divididos sus cuidados entre Dios y el mundo. Si ellos se dedican á la observancia de nuestras prácticas y ejercicios, es en las horas que no tienen dedicadas á sus placeres y á los afanes del mundo; pero quando no pueden combinarse las fiestas de la Iglesia con las fiestas del siglo, éstas llevan inmediatamente la preferencia.

La disipacion y el amor del placer no son las únicas pasiones que arrastran á los Christianos: todavía hay otra que reprueba Jesu-Christo en el Evangelio de este dia, y es el espíritu de codicia y de avaricia. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Las disposiciones que se requieren para servir á Dios, son muy opuestas á las que pide el Dios del interes: se sirve á Dios con el desprendimiento de los bienes percederos, con el olvido generoso de sí mismo, y con el desprecio constante de todas las cosas, que deben perecer con nosotros; pero para servir al demonio de la avaricia se requieren disposiciones muy diferentes: se ha de ver con envidia la fortuna de nuestros hermanos: esta envidia se ha de llamar una noble emulacion dirigida á aumentar la fortuna: los otros cuidados, aun el de la salvacion, se han de olvidar del todo: quando los medios legítimos no son suficientes para llegar al grado de fortuna que apetecemos, se ha de echar mano de otros, aunque sean los mas detestables: no debemos compadecernos de las miserias públicas: y para que una compasion

ruinosa no nos arranque de las manos las riquezas que poseemos con tanto gusto, debemos evitar hasta la vista de un objeto lastimoso, y no dar jamas oídos á los trabajos que padece nuestro prójimo. Estas son pues las leyes fundamentales del interes y de la codicia. ¿Podrán acaso conformarse con las del Christianismo? Pero por desgracia, hermanos míos, vemos todos los días muchos que se tienen por mas ilustrados que nosotros en esta materia, los quales contra la palabra formal de Jesu-Christo pretenden haber hallado el maravilloso secreto de unir la devocion con una sórdida economía. ¿Por ventura, dicen, deberemos para agradecer á Dios, abandonar nuestros adelantamientos y el establecimiento de nuestra familia? ¿Acaso viviendo en una vergonzosa ociosidad, podremos esperar de la Providencia los socorros que comunmente no concede sino á la aplicacion y al trabajo? Los hijos, el comercio, el empleo, la clase en que nos hallamos no piden la mayor vigilancia y actividad? ¿Será justo seguir el exemplo de esas personas que por dexarse llevar de la prodigalidad y del desin-

teres, se han visto reducidas á perder sus caudales, y á sufrir todo género de miserias y trabajos?

○ Christianos, todos estos motivos que os parecen tan legítimos y plausibles, no son mas que pretextos para encubrir la avaricia. El desinteres que exige Jesu-Christo no consiste absolutamente en el olvido total de nuestras necesidades, ni en una perezosa ociosidad, sino en la confianza y resignacion á los designios de la Providencia que nos gobierna. Jesu-Christo nos dice, no andeis afanados para vuestra alma qué comereis, ni para vuestro cuerpo que vestireis: como si dixese, el temor de que os falte aun lo necesario, os preocupa de tal manera, que abandonais del todo la confianza en aquel Señor, que es el Autor de todo bien y el dispensador de todos los auxilios, sea en el órden de la gracia, ó en el de la naturaleza. En efecto estos son, hermanos míos, vuestros sentimientos. Si algunas veces en el tribunal de la penitencia, ó en conversaciones particulares, os decimos para templar vuestras murmuraciones no andeis afanados buscando que comereis y que vestireis, in-

mediatamente nos salis al encuentro, diciendo: que el que no padece habla con mucha facilidad de sumision y de paciencia; pero en este caso deberé yo deciros: hermanos míos, tened presente que quien os habla de esta manera, es aquel que no tuvo donde reclinarse su cabeza, y que conviene obedecerle, como dice San Agustin, y no disputar. En efecto un Dios pobre, desnudo, es el que con sus lecciones y sus exemplos quiere formar pobres de corazon y de espíritu, y enseñarles á caminar sobre sus huellas. Este Señor, que sufrió en el mundo la desnudez universal, es quien os grita diciendo: no andéis afanados para comer y vestir. Pero ved la razon poderosa en que se funda su máxima: ¿No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Esta reflexion es muy poderosa para calmar las inquietudes de los pobres que parecen mas abandonados. ¿Seria posible que Dios los hubiese criado para que fuesen victimas de su miseria? Christianos, si algunas veces no teneis el socorro tan pronto como deseais, imputadlo á vosotros mismos, sed mas sumisos y confiados, y vereis que pronto sentis los

efectos de su proteccion poderosa. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en troxes, y vuestro Padre celestial las alimenta. Si este exemplo no es bastante poderoso para moveros, considerad los lirios del campo, los quales sin poner nada de su parte se encuentran vestidos con la mayor gallardia y hermosura. Así nos habla Dios, hermanos míos, por medio de unas criaturas mudas é insensibles; y á la verdad, que si los pobres aprovecharan sus lecciones, no se entregarían con tanta frecuencia á la murmuracion, ni estarían tan perplexos sobre su suerte. Pero todavía hay otro motivo que debe mover mucho mas nuestra confianza. ¿No sois vosotros, dice Jesu-Christo, mucho mas que todas las criaturas? ¿Pensais que Dios no conoce, y vé todas vuestras necesidades? ¿Acaso le faltará el poder ó la voluntad para aliviarlas? ¿No teneis pruebas continuas y sensibles de este poder? ¿No habeis experimentado en otras ocasiones su liberalidad y su misericordia? ¡Ah, si creyerais que Dios os ama aun en las tentaciones y trabajos que os prepara para probaros, no

viviriais tan desconfiados!

La inutilidad de vuestros esfuerzos para procuraros el alivio y el consuelo de los trabajos, quando estais destinados por Dios á padecer, es tambien otro motivo de confianza. Jesu-Christo, dice, ¿Quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Podeis persuadiros, Christianos, que las continuas quejas y murmuraciones indecentes contra la Providencia, son capaces de mudar el estado de vuestra fortuna? Consultad la experiencia, y ella os demostrará que por semejantes medios jamas habeis calmado, ni suavizado los trabajos. En efecto, hermanos míos, no hay un camino que no se cierre á un Christiano que padece con impaciencia. Dios cierra sus oídos á sus injustos clamores; los ricos se cansan de su importunidad, y si se atormenta para discurrir algunos medios y arbitrios eficaces, al cabo reconoce que todo es inútil, y que después de tanto afan no ha podido cambiar su suerte.

Tambien teneis otro motivo poderoso de confianza en las palabras siguientes de Jesu-Christo. No os acon-

gojeis pues diciendo. ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? porque los gentiles se afanan por estas cosas. En efecto la desconfianza es el carácter de los infieles y de los paganos, y vosotros careceis como ellos de fe, de reconocimiento, y de amor quando manifestais vuestra impaciencia en los trabajos. Careceis de fe, desconociendo la Providencia del Dios que os gobierna: de reconocimiento, olvidando que por medio de su proteccion habeis subsistido hasta el dia, y de amor rehusando ser sayos por un motivo el mas precioso á sus ojos: en fin renunciáis como los infieles á la patria que os tiene preparada, y aunque os llama tantas veces para volveros á entrar en el camino perdido, no que-reis escucharle.

La ciencia de Dios, y su atencion continua sobre sus criaturas es otro motivo de confianza. Nada sucede en el mundo sin una voluntad formal, ó una permission expresa de su Providencia; y así quando por un exceso de atrevimiento os preguntais á vosotros mismos si es posible que la atencion de Dios se extienda á tantas cosas; os di-

re con Jesu Christo : vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas ; y así debeis considerar que quando permite que los trabajos y miserias turben la paz de vuestros dias , tiene sin duda razones muy poderosas , y designios particulares de misericordia ácia vosotros : él conoce la utilidad de las aflicciones , y solo espera que las acepteis con sumision para disiparlas.

Pero sobre todo , hermanos mios , teneis un motivo muy grande de confianza , y es el que dice Jesu-Christo por estas palabras. Buscad pues primeramente el reyno de Dios y su justicia ; y todas estas cosas os serán añadidas. ¿ Pero la gracia de Dios remedia acaso la pobreza del cuerpo , como la del alma ? Para no carecer de nada en la tierra , ¿ bastará vivir en el ejercicio de las virtudes christianas ? Es verdad que , segun el Profeta , ningun justo ha sido abandonado y reducido á la última miseria ; pero tambien lo es que la pobreza se conforma muy bien con la justicia. Dios quiere , hermanos mios , que pidamos segun el orden que tiene prescripto para dispensar sus gracias. Los bienes de

la eternidad deben ser unicamente el objeto de nuestras oraciones , y por los de esta vida debemos descuidar en la atencion de Dios sobre nosotros. Si somos fieles y dóciles , accederá siempre á nuestras súplicas , porque contentándonos con lo que nos concede , no deseamos aquello que tiene por conveniente rehusarnos. ¿ Qué razones tendrán que oponer los pobres á todos estos motivos ? Ya Jesu-Christo ha respondido á todos sus pretextos , y ha dictado singularmente para ellos unas verdades que han de servir de regla para juzgarlos en el último dia. Si porque son pobres hacen de su pobreza una ocasion de murmuracion , si se atreven á pedir á Dios cuenta de la conducta de su Providencia , acusar su justicia de severidad excesiva , y desconocer los rasgos de su bondad que ha hecho brillar en las adversidades presentes , llevan consigo la señal mas cierta de reprobacion , la qual es mucho mas terrible , porque tambien les cierra el camino á todos los consuelos temporales.

No sucede de esta manera con los pobres que depositan en Dios el cui-

dado de su subsistencia y de su vida; y que hallándose rodeados de miserias y trabajos, los atribuyen á los designios de su misericordia, y viven contentos en qualquier estado que se hallen. Este es el carácter de los verdaderos hijos de Dios. ¿Pero os distinguís vosotros con este carácter? ¿Cuál fuera la satisfacción de los Ministros encargados de distribuirlos las limosnas que depositan los ricos en sus manos, si estuviérais animados de este espíritu de docilidad y resignacion que es el alma de un Christiano! ¿No nos mirariais entónces como el recurso de vuestros trabajos? ¿No aceptarais con humildad santa todas las pruebas que Dios hiciese de vuestra paciencia?

Christianos, depositad en él vuestra confianza, ya que le perteneceis por tantos títulos: buscad el reyno de Dios y su justicia, y se saciarán vuestros deseos: entónces os miraremos como nuestra corona y nuestra gloria. ¡Ojalá que lleguéis á serlo en el tiempo, y por toda una eternidad! Así sea.

INDICE

De lo que contiene este tomo quinto.

<i>Domingo IV. despues de Pentecostes.</i>	pág. 3
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	4
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	16
<i>Domingo V. despues de Pentecostes.</i>	35
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	36
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	51
<i>Domingo VI. despues de Pentecostes.</i>	70
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	71
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	84
<i>Domingo VII. despues de Pentecostes.</i>	100
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	101
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	114
<i>Domingo VIII. despues de Pentecostes.</i>	131
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	132
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	146
<i>Domingo IX. despues de Pentecostes.</i>	167

<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	169
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	180
<i>Domingo X. despues de Pentecostes.</i>	198
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	199
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	213
<i>Domingo XI. despues de Pentecostes.</i>	231
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	232
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	243
<i>Domingo XII. despues de Pentecostes.</i>	262
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	263
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	275
<i>Domingo XIII. despues de Pentecostes.</i>	295
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	297
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	309
<i>Domingo XIV. despues de Pentecostes.</i>	327
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	328
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	341

ERRATA.

Pág.	Lín.	dice.	debe decir.
28....	3.....	pudo.....	puedo.
139....	9.....	ó infinito..	e infinito.
191....	6.....	respectivo..	respetuoso.
195....	13.....	recusais... reusais.	
261....	15.....	inspiradme.	inspiradnos.

